

CAPÍTULO 1

Y fue.

Súbitamente. De no ser, a ser consciente de que era. Abrió los ojos, se tocó y supo que era un hombre, sin saber cómo lo sabía. Vio el Jardín y se sintió visto. Miró a todos lados esperando ver a otro como él.

Mientras miraba, el aire bajó por su garganta y el frescor del viento despertó sus sentidos. Olió. Aspiró a pleno pulmón. En su cabeza sintió el revoloteo azorado de las imágenes buscando ser nombradas. Las palabras, los verbos surgían limpios y claros en su interior a posarse sobre cuanto lo rodeaba. Nombró y vio lo que nombraba reconocerse. La brisa batió las ramas de los árboles. El pájaro cantó. Las largas hojas abrieron sus manos afiladas. ¿Dónde estaba?, se preguntó. ¿Por qué aquel cuya mirada lo observaba no se dejaba ver? ¿Quién era?

Caminó sin prisa hasta que cerró el círculo del sitio donde le había sido dado existir. El

verdor, las formas y colores de la vegetación cubrían el paisaje y se hundían en su mirada causándole alegría en el pecho. Nombró las piedras, los riachuelos, los ríos, las montañas, los precipicios, las cuevas, los volcanes. Observó las pequeñas cosas para no desairarlas: la abeja, el musgo, el trébol. A ratos, la hermosura lo dejaba alelado, sin poder moverse: la mariposa, el león, la jirafa, y el golpeteo estable de su corazón acompañándolo como si existiera, aparte de su querer o saber, con un ritmo cuyo propósito no le había sido dado adivinar. Con sus manos experimentó el cálido aliento del caballo, el agua gélida, la aspereza de la arena, las escurridizas escamas de los peces, la suave melena del gato. De vez en cuando se giraba de súbito esperando sorprender al Otro cuya presencia era más leve que el viento, aunque se le parecía. El peso de su mirada, sin embargo, era inequívoco. Adán lo percibía sobre la piel igual que la luz inalterable que envolvía constante el Jardín y que alumbraba el cielo con un aliento resplandeciente.

Después que hizo cuanto estaba supuesto a hacer, el hombre se sentó en una piedra a ser feliz y contemplarlo todo. Dos animales, un

gato y un perro, vinieron a echarse a sus pies. Por más que intentó enseñarles a hablar, sólo logró que lo miraran a los ojos con dulzura.

Pensó que la felicidad era larga y un poco cansada. No la podía tocar y no encontraba oficio para sus manos. Los pájaros eran muy veloces y volaban muy alto. Las nubes también. A su alrededor los animales pastaban, bebían. Él se alimentaba de los pétalos blancos que caían del cielo. No necesitaba nada y nada parecía necesitarlo. Se sintió solo.

Puso la nariz sobre la tierra y aspiró el olor de la hierba. Cerró los ojos y contempló círculos concéntricos de luz tras sus párpados. Contra su costado, la tierra húmeda aspiraba y exhalaba imitando el sonido de su respiración. Lo invadió una modorra sedosa y mullida. Se abandonó a la sensación. Más tarde recordaría el cuerpo abriéndosele, el tajo dividiéndole el ser y extrayendo la criatura íntima que hasta entonces habitara su interior. Apenas podía moverse. El cuerpo en su encarnación de crisálida actuaba sin que él pudiese hacer nada más que esperar en la semiinconsciencia por lo que fuera que sobrevendría. Si algo tenía claro era el tamaño de su ignorancia, su mente

llena de visiones y voces para las cuales no tenía ninguna explicación. Dejó de interrogarse y se abandonó al peso de su primer sueño.

Despertó recordando su inconsciencia. Se entretuvo reconociendo las facultades de su memoria, jugando a olvidar y recordar, hasta que vio a la mujer a su lado. Se quedó quieto observando su atolondramiento, el lento efecto del aire en sus pulmones, de la luz en sus ojos, la fluida manera con que se acomodaba y reconocía. Imaginó lo que estaría ocurriéndole, el lento despertar de la nada al ser.

Extendió la mano y ella acercó la suya, abierta. Sus palmas se tocaron. Midieron sus manos, brazos y piernas. Examinaron sus similitudes y diferencias. Él la llevó a recorrer el Jardín. Se sintió útil, responsable. Le mostró el jaguar, el ciempiés, el mapache, la tortuga. Rieron mucho. Retozaron, contemplaron las nubes rodar y cambiar de forma, escucharon la monótona tonada de los árboles, ensayaron palabras para describir lo innombrable. Él se sabía Adán y la sabía Eva. Ella quería saberlo todo.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntaba.

—No sé.

—¿Quién nos puede explicar de dónde venimos?

—El Otro.

—¿Dónde está el Otro?

—No sé dónde está. Sólo sé que nos ronda.

Ella decidió buscarlo. También se había sentido observada, dijo. Tendrían que subir a los sitios altos. Quizás allí lo encontrarían. ¿No sería acaso un pájaro? Tal vez, dijo él, admirando su perspicacia. Adentrándose en medio de fragantes arbustos y árboles de generosas copas llegaron sin prisa al volcán más alto. Subieron y desde la cima miraron el círculo verde del Jardín rodeado por todas partes de una espesa niebla blanquecina

—¿Qué hay más allá? —preguntó ella.

—Nubes.

—¿Y tras las nubes?

—No sé.

—Quizás allí habite quien nos observa. ¿Has intentado salir del Jardín?

—No. Sé que no estamos supuestos a salir más allá del verdor.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—¿Igual que sabías los nombres?

—Sí.

Ella no tardó mucho en llegar a la conclusión que la mirada que los veía no era la de un pájaro. La enorme Ave Fénix, de plumaje rojo y azul, había revoloteado sobre sus cabezas pero su mirada era leve, igual que la del resto de los animales.

—Será acaso aquel árbol —aventuró, señalando hacia el centro del Jardín—. Mira, Adán, míralo. Su copa roza las nubes como si jugara con ellas. Quizás bajo su sombra habite quien nos ve o quizás lo que sentimos sea la mirada de los árboles. Hay tantos y están por todas partes. Puede que sean iguales a nosotros, sólo que mudos e inmóviles.

—Quien nos observa se mueve —dijo Adán—. He escuchado sus pasos en el follaje.

Bajaron sin prisa del volcán, preguntándose qué hacer para encontrar al Otro.

Ella empezó a llamarlo. Él se asombró de que ella pudiese contener un quejido tan hondo, un lamento del aire en su cuerpo sin alas. Se había colocado de pie al lado del río con los

brazos abiertos. El cabello oscuro le caía sobre la espalda. Su perfil distante y perfecto, su rostro de ojos cerrados con la boca entreabierta por donde fluía aquella invocación conmovió a Adán. Se preguntó si es que perdían el tiempo imaginando a Otro como ellos oculto en la espesura, allí donde era imposible distinguir aquel árbol de éste. Pero tanto él como la mujer habían sentido no sólo su mirada, sino su voz susurrándoles el lenguaje con el que cada vez más fluidamente se comunicaban entre sí. Y hasta pensaban haber visto su sombra al acecho reflejada en las pupilas del perro y las pupilas del gato. Se dijo que quizás sólo podrían verlo cuando sus ojos maduraran y fueran menos nuevos. Todavía tenían dificultades distinguiendo lo que sólo existía dentro de ellos de lo que observaban a su alrededor. Eva era particularmente dada a mezclar una cosa con la otra. Aseguraba haber visto más de un animal con cabeza y pecho humanos, lagartos que volaban, mujeres de agua. Desde que llegó a su lado, ella no se había estado quieta. Era como si hubiese nacido con una intención que, sin saber cuál era, animaba sus movimientos largos y suaves y la hacía revolotear al lado suyo, inclinarse y contonearse

como una palmera bajo la brisa. Su constante agitación era para él un misterio por descifrar. Sin embargo, no extrañaba la quieta contemplación en que se entretenía antes de que ella apareciera. Aunque lo obligara a trotar de aquí para allá como cervatillo, oírla reírse o hablar se le hacía mucho más placentero que el silencio y la soledad.

Escucharon ruidos de cataclismos provenientes de los confines del Jardín. Vieron rojas erupciones y lejanas oscuridades encenderse intermitentes, caudas de cometas cruzando el firmamento. Sobre ellos, en cambio, el cielo permanecía iluminado como siempre, con una claridad dorada cuyas tonalidades se acentuaban o disminuían sin ningún orden predecible. La tierra palpitó bajo sus pies, Eva se le acercó en puntillas jugando a no perder el equilibrio. Él se quedó arrobado mirando los dedos de sus pies expandirse y contraerse como si estuviesen hechos de peces.

Adán no recordaba el árbol en el centro del Jardín. Le parecía extraño no haberse percatado de su existencia puesto que creía haber recorrido el lugar de extremo a extremo.

—Quien nos ve evita ser visto. Se protegerá de esa manera, pero debemos encontrarlo, Adán, debemos saber por qué nos observa, qué es lo que espera que hagamos.

Adán dispuso que siguieran el curso de uno de los ríos. Se adentraron en la selva húmeda. Su olfato se pobló de los olores cargados y penetrantes de la tierra fértil sobre la que crecían toda suerte de helechos, hongos y orquídeas. Nidos de oropéndolas colgaban gráciles y complicados de las altas ramas donde el liquen y el musgo se derramaban como encaje sobre sus cabezas. Vieron osos perezosos dormir colgados de sus colas. Grupos de monos bulliciosos se asomaron haciendo piruetas en las copas de los árboles. Tapires, dantos y conejos les salieron al paso, rozándoles amistosos las piernas. Aunque la cálida entraña del verdor los acogía pululando de vida, caminaron en silencio, dejándose empapar por la atmósfera plena de sonidos y aromas del corazón recóndito de su Paraíso.

La selva densa los hizo andar en círculos y perder el rumbo una y otra vez, pero persistieron. Al fin desembocaron en el centro del Jardín. Descubrieron que era de allí de donde

irradiaban los senderos que luego se bifurcaban y los dos ríos que corrían al Este y al Oeste. El árbol, bajo cuyo tronco se anudaban la tierra y el agua, era descomunal. Hacia arriba sus ramas se perdían entre las nubes y hacia los lados se extendían más allá de donde alcanzaba la mirada. Adán sintió el impulso de inclinarse ante su magnificencia. Eva avanzó para acercarse. Instintivamente él intentó detenerla, pero ella se volvió a mirarlo con aire de lástima.

—No puede moverse —le dijo—. No habla.

—No se ha movido. No ha hablado —dijo él—. Pero no sabemos de lo que es capaz.

—Es un árbol.

—No es cualquier árbol. Es el Árbol de la Vida.

—¿Cómo lo sabes?

—Apenas lo vi, supe lo que era.

—Cierto que es hermoso.

—Imponente. Y diría que no te debes acercar tanto.

Si a él el árbol parecía paralizarlo, ella apenas podía contener el deseo de tocar su tronco ancho y robusto, dulce y brillante. Tanta be-

lleza anegándole los ojos por doquier, tantos colores y pájaros y fieras majestuosas le había mostrado el hombre, orgulloso, pero a ella nada le había parecido más hermoso que el árbol. Su imaginación se llenó de hojas. Eran lustrosas con el anverso pintado de un verde luminoso, en contraste con el reverso púrpura del que sobresalían anchas venas claras. Insertas en las múltiples ramas, extendidas en cada dirección, las hojas se tragaban la luz y la exhalaban iluminando el entorno. La piel de frutos redondos y blancos brillaba atrapada en la fosforescente claridad que el árbol irradiaba hacia todos los confines del Jardín. Según se acercaba, Eva sentía el aliento frutal del gran árbol como una incitación desconocida en su boca, una correntada de vida que se transmitía a cuanto lo rodeaba. La sobrecoigió, igual que a Adán, un ánimo reverente y dudó sobre su impulso inicial de tocar la corteza y morder las frutas. Estaba muy cerca, la rugosa piel de la madera al alcance de su mano, cuando sus ojos distinguieron una imagen gemela, como si se tratase del reflejo de un estanque: otro árbol idéntico elevándose frente a ella, extraño y cómplice. Cuanto era claro en el primero, era oscuro en el se-

gundo; púrpura el anverso de las hojas, verde el reverso, los frutos, higos oscuros. Lo envolvía un aire denso y una luz opaca y sin brillo.

Adán, que permanecía oculto observándola, la siguió cuando ella circundó la redondez del tronco y desapareció tras él.

No lograba ver aún a la mujer cuando la escuchó. Se preguntó con quién podría estar hablando. Hasta entonces no se habían topado con ninguna otra criatura que poseyera palabras para decir los sentires del cuerpo. El gato, el perro y el resto de animales se comunicaban entre sí con melodías elementales. Si escucharla lo intrigó, ver el árbol reproducido en una imagen idéntica de colores invertidos lo dejó pasmado. Sin hacer ruido siguió el murmullo de las palabras de ella. La vio sentada sobre una enorme raíz que se hundía en la tierra como si fuese una de las extremidades de lo que alcanzó a pensar sería el reflejo de lo que el Árbol de la Vida pensaba de sí mismo. Quizás en vez de hablar, se dijo, el árbol mira lo que imagina. Estaba a punto de emerger en el claro, al lado opuesto del ancho tronco, cuando lo escuchó. Pensó que el Otro al fin se había dejado ver,

pero lo asaltó la duda. No se parecía a la voz sin cuerpo cuyos susurros él conocía, la que leve como el aire tenía la cualidad de resonar dentro de su pecho. Ésta era como un líquido deslizándose por la tierra como si arrastrara pedruscos. Escuchó su risa. Se reía como la mujer. Decía:

—¿Conque se percataron de que los observábamos? ¡Qué perspicacia! ¿Y se han ocupado en buscarnos? ¡Notable! Sospeché que así sucedería pero me alegra comprobarlo. No podíamos resistir el deseo de contemplarlos. Ha sido muy entretenido.

—¿No eras sólo tú entonces? ¿Tú también tienes pareja?

—¿Pareja? ¿Yo? Mmmmm. Nunca lo pensé de esa manera.

—Pero ¿hay alguien más, aparte de ti?

—Elokim. Fue Él quien los creó.

—El hombre dice que yo salí de él.

—Tú estabas oculta dentro del hombre. Elokim te guardó en una de sus costillas; no en su cabeza, para que no descubrieras el orgullo, ni en su corazón, para que no sintieras el deseo de poseer.

Eso dijo. Él continuó escuchando.

—¿Qué hay más allá de este Jardín? ¿Para qué estamos aquí?

—¿Para qué quieres saberlo? Tienes todo lo que necesitas.

—¿Por qué no voy a querer saberlo? ¿Qué importa que lo sepa?

—Sólo Elokim lo sabe. Si cedieras al deseo de comer de las frutas de este árbol, tú también lo sabrías. Serías como él. Entenderías el porqué de las cosas. Por eso estoy yo aquí, al pie del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, para prevenirte, porque, si comes, perderás la inocencia y morirás. —La criatura sonrió maliciosa.

Eva se preguntó de qué estaría hecha. Su piel era diferente a la de ellos, iridiscente y flexible, compuesta por pequeñas escamas, como las de los peces. Era alta y sus formas fluían curvas y gráciles hasta rematar en piernas y brazos largos y flexibles. En su rostro liso, casi plano, sobresalían, dorados y vivaces, los ojos rasgados y la recta hendidura de la boca fija en una expresión de irónica complacencia e impavidez. En vez de cabello, su cabeza estaba cubierta de plumas blancas.

—Él prefiere que ustedes sean tranquilos y pasivos, como el gato y el perro. El saber causa inquietud, inconformidad. Uno cesa de aceptar las cosas como son y trata de cambiarlas. Mira lo que él mismo hizo. En siete jornadas sacó del Caos cuanto ves. Concibió la Tierra y la creó: los cielos, el agua, las plantas, los animales. Al final, los hizo a ustedes, el hombre y la mujer. Hoy está descansando. Después se aburrirá. No sabrá qué hacer y de nuevo seré yo quien tendrá que apaciguarlo. Así ha sido desde la Eternidad. Constelación tras constelación. Las crea y luego las olvida.

Oculto tras el árbol, Adán seguía el diálogo entre Eva y la criatura, lleno de curiosidad. Tenía el pecho apretado y la respiración rápida. Recordaba susurros del Otro advirtiéndole algo sobre un árbol. No acercarse. No tocar. Ninguna explicación clara de por qué no quería que lo hicieran. Hasta ahora la única obligación que tenía sentido para él era la de acompañar a la mujer, aunque ella bien se cuidaba a sí misma. Igual sucedía con el Jardín. Las plantas crecían y se acomodaban a su manera sin su intervención. El tono de la criatura que conversaba con Eva se le hizo

vagamente familiar. Era el tono con el que él se interrogaba a sí mismo sobre los designios del Otro. Era semejante al sonido de su impaciencia cuando se esforzaba por comprender su razón de ser.

—Así que tú piensas que es así de sencillo —decía Eva—. Muerdo la fruta de este árbol y sabré cuanto quiero saber.

—Y morirás.

—No sé qué es eso. No me preocupa.

—Eres demasiado joven para que te preocupe.

—Y tú, ¿cómo es que sabes todo esto?

—Existo desde mucho antes que tú. Te dije que he visto crear todo esto, y tampoco entiendo qué sentido tiene. Elokim saca infinitas permutaciones de la nada. Les da mucha importancia.

—¿Tú no?

—Lo encuentro un ejercicio fútil no desprovisto de arrogancia.

—¿Piensas que somos un capricho de ese Elokim que nombras?

—No lo sé, la verdad. A veces me lo parece. ¿Qué sentido tendrá la existencia de

ustedes? ¿Para qué los creó? Se terminarán aburriendo en este Jardín.

—Adán piensa que labraremos la tierra, cuidaremos las plantas y los animales.

—¿Qué hay que cuidar? ¿Qué hay que labrar? Todo está hecho. Todo funciona a la perfección. —Suprimió un bostezo—. Sin embargo, Adán y tú, a diferencia de todas las criaturas del Universo, poseen la libertad de decidir lo que quieren. Son libres de comer o no comer de este árbol. Elokim sabe que la Historia sólo comenzará cuando usen esa libertad, pero ya ves, tiene miedo de que la usen, teme que su creación termine pareciéndosele demasiado. Preferiría contemplar eternamente el reflejo de su inocencia. Por eso les prohíbe que coman del árbol y decidan ser libres. Quizás la libertad no sea para ustedes. Ya ves, la sola idea te paraliza.

—Se diría que deseas que muerda esta fruta.

—No. Sólo envidia que tengas la opción de escoger. Si comen de la fruta, tú y Adán serán libres como Elokim.

—¿Qué escogerías tú, el saber o la eternidad?

—Soy Serpiente. Te dije que no tengo la opción de escoger.

Eva miró el árbol. ¿Qué cambiaría si ella se atrevía a morder sus frutos? ¿Por qué creerle a la Serpiente? No se atrevió a hacer la prueba, sin embargo. Miró sus manos, movió sus largos dedos uno y otro y otro.

—Volveré —dijo.